

# SUMARIO

NÚMERO 22 MAYO 1992

**CLAVES** DIRECCIÓN: JAVIER PRADERA Y FERNANDO SAVATER. EDITA: PROMOTORA GENERAL DE REVISTAS.



*Ilustraciones*  
ALFONSO GALVÁN (Madrid 1945) Artista de difícil clasificación, su trabajo conjuga un extraño realismo, cargado de imágenes simbólicas, con una obra que va de la ironía a la abstracción del significado. Ha participado en numerosas exposiciones, destacando "Otras figuraciones" y "Calidoscopio español"; en 1988 realizó una muestra retrospectiva en el Museo de Arte Contemporáneo.



*Caricaturas*  
LOREDANO

**PROGRESA.** GRUPO PRISA. CONDE DE XIQUENA, 5, 2ª PLANTA, 28004 MADRID. TELÉFONO 91 / 538 61 00, FAX: 91 / 538 61 04 DEPÓSITO LEGAL: M. 10.162/1990. PRESIDENTE: JESÚS DE POLANCO. CONSEJERO DELEGADO: JUAN LUIS CEBRIÁN. DIRECTOR GENERAL: JAVIER DÍEZ DE POLANCO. DIRECTOR EDITORIAL: JAVIER ANGULO. DIRECTORA DE ARTE: MARÍA JESÚS VELASCO JUEZ. COORDINACIÓN: NURIA CLAVER  
IMPRESIÓN: MATEU CROMO. CARRETERA DE FUENLABRADA, S/N. PINTO (MADRID). TELÉFONO 691 08 50.



Esta revista es miembro de ASEI (Asociación de Revistas Culturales Españolas)

DISTRIBUCIÓN: ÍTACA. LÓPEZ DE HOYOS, 141. 28002 MADRID.

PARA PETICIÓN DE INFORMACIÓN Y NÚMEROS ATRASADOS DIRIGIRSE A: EDISA, LÓPEZ DE HOYOS, 141. 28002 MADRID. TELÉFONO 91 / 519 67 76.

2 JOSÉ RAMÓN MONTERO  
JOSEP MARIA VALLÈS

*EL DEBATE SOBRE LA REFORMA ELECTORAL*

12 SANTOS JULIÀ

*FIN DE LOS IMPERIOS, TRIUNFO DEL CAPITAL*

18 MANUEL AZCÁRATE

*EL POSCOMUNISMO Y LA IZQUIERDA*

24 G. CABRERA INFANTE

*Y DE MI CUBA ¿QUÉ?*

30 FRANCISCO CALVO SERRALLER  
*HISTORIA REAL DE UN MUSEO IMAGINARIO*

38 LUIS RACIONERO  
*LA UTOPIA: DE KARL MANNHEIM A ISALAH BERLIN*

44 *Diálogo*  
SALVADOR GINER

*ISALAH BERLIN*

48 *Ensayo*  
Helena Béjar

La necesidad de la elección

52 *Semiología*  
Umberto Eco

El semiólogo y la historia

55 *Filosofía*  
Africa Vidal

Historia, Posmodernidad, Marxismo

60 *Testimonios*  
Francisco Vega Díaz

El último día de Negrín en España

64 *Cine*  
Augusto Martínez Torres

Gracias y desgracias del cine español durante los ochenta

69 *Observaciones y comentarios*  
Carlos Rodríguez Braun

"Auri sacra fames"

70 *Documento*  
Louis Dumont

Sobre la ideología política francesa  
2. El impacto de la guerra

# FIN DE LOS IMPERIOS, TRIUNFO DEL CAPITAL

SANTOS JULIÁ

La proximidad de un fin de milenio les propicia a fantasear sobre la culminación o el cierre de grandes procesos históricos y sobre la inminencia de nuevos mundos. En los últimos años se ha anunciado, entre otros, el fin de la modernidad, el ocaso del Estado-nación y hasta, aunque con interrogantes, el fin de la historia. A pesar de las cautelas que imponen tales excesos, y de las que siempre es preciso adoptar cuando se trata de cuestiones relativas a la llamada historia universal, los acontecimientos verdaderamente maravillosos que acompañan este fin de siglo parecen anunciar una especie de plenitud o acabamiento de un gran proceso histórico iniciado en Europa en torno al año 1500. El derrumbe y la fragmentación de la URSS, al liquidar la herencia del último de los grandes imperios territoriales, generaliza en todo el mundo el Estado-nación, surgido a finales del siglo XV, como única forma de organización del poder político. El hundimiento del comunismo entraña, por su parte, la universalización de un único modo de producción y lleva a su culminación la "era capitalista" cuyo comienzo situaba Marx en el siglo XVI. El simultáneo fin del comunismo y de los imperios territoriales, y el triunfo mundial del Estado-nación y del capitalismo pueden entenderse así como las dos caras de un proceso histórico iniciado en Europa en el alba de los tiempos modernos y que parece alcanzar en este fin de milenio una dimensión universal.

## Fin de los imperios

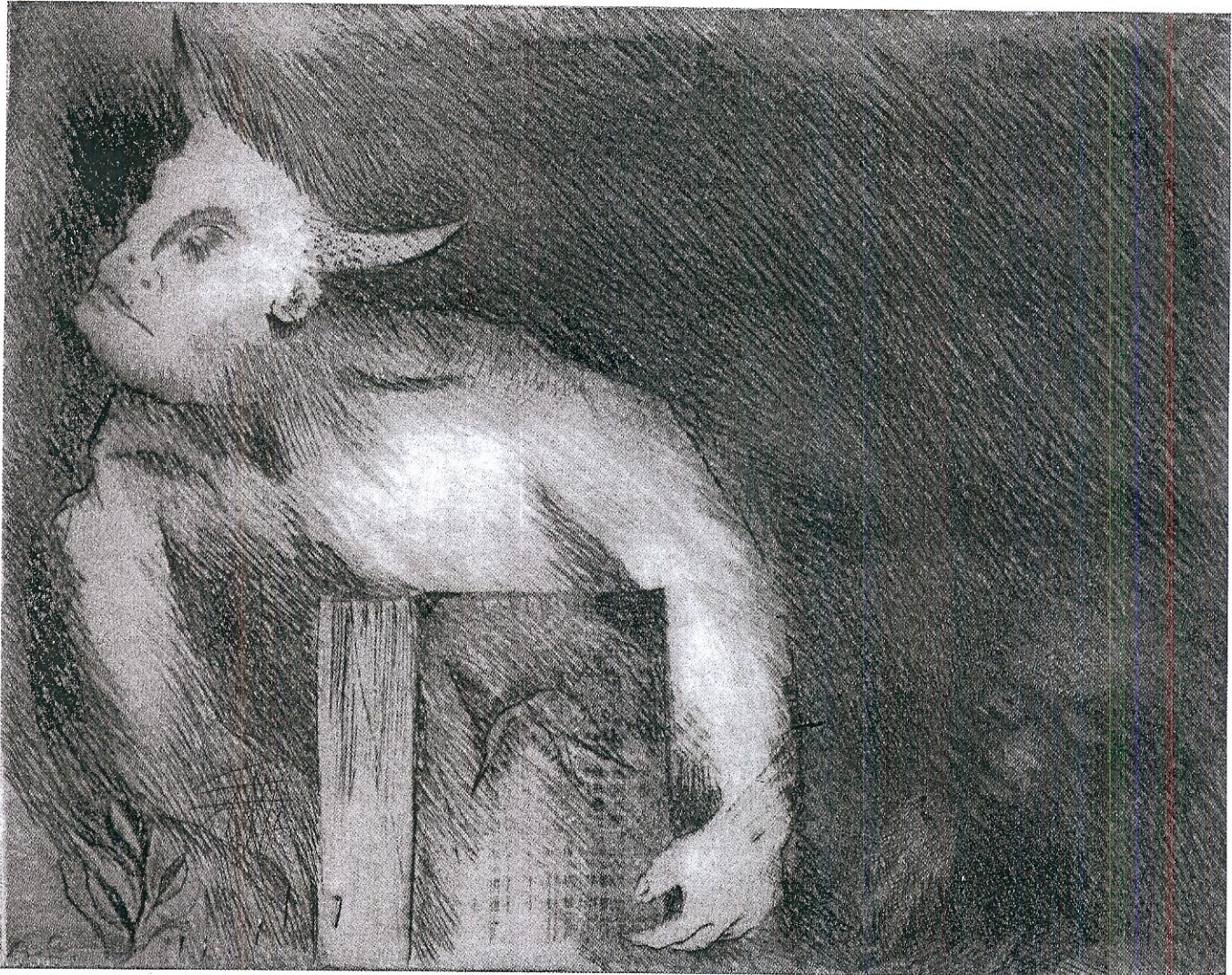
¿Fin del comunismo o fin del imperio ruso? La simultaneidad en el

tiempo de dos procesos tan diferentes en la teoría como son el agotamiento de un modo de producción, presuntamente destinado a superar al capitalismo, y la desagregación y virtual colapso del último de los grandes imperios modernos, obliga a plantear una cuestión de apariencia abstracta pero de muy concretas implicaciones: ¿ha caído el comunismo por el azar histórico de haber unido su suerte a un imperio imposible o, más bien, la gran potencia imperial rusa ha sucumbido por haber estado dirigida por comunistas?

Si se tienen las grandes revoluciones —inglesa en el siglo XVII, francesa en el XVIII, rusa y china en el XX— como respuestas a crisis sociales y políticas generalizadas, habría que decir entonces, por mal que suene, que la revolución bolchevique fue la condición de la supervivencia de un imperio en ruinas. Al finalizar la Gran Guerra, sin ejército y con la vieja clase terrateniente en ruinas, sólo una burocracia centralizada y despótica era capaz de mantener unido el inmenso y destartado imperio creado por los zares durante los tres o cuatro siglos de la edad moderna. Esto no quiere decir, claro está, que el partido bolchevique fuera segregado por la sociedad rusa como requisito funcional para la supervivencia del sistema sino únicamente que la existencia misma del Estado ruso creado por el absolutismo dependía, a la salida de la guerra, de que un partido fuerte y disciplinado garantizase lo que la aristocracia y el zar, enfrentados por las armas al poderío alemán, se habían revelado incapaces de sostener. El comunis-

mo que ese partido implantó de forma coactiva y por medio del terror no sería entonces el modo de producción destinado a superar al capitalismo sino la forma particularmente despótica y burocratizada de reorganización y fortalecimiento de un Estado imperial centralizado de origen feudal: al sucumbir el último imperio, se disuelve el primer comunismo.

Esta interpretación contribuye a aclarar la gran anomalía que siempre ha traído de cabeza a los marxistas y que consiste en la impermeabilidad mostrada por las sociedades capitalistas avanzadas de tradición no católica —las que experimentaron a la vez la reforma protestante y el desarrollo del capitalismo— a la penetración del comunismo. Es bien sabido que los partidos comunistas nunca alcanzaron una presencia política apreciable en los Países Bajos y escandinavos, en el Reino Unido y, sobre todo, en Estados Unidos. Si el comunismo hubiera sido el modo de producción poscapitalista, debería haber germinado y crecido en aquellas sociedades en las que el capitalismo había avanzado más sobre la herencia feudal y el absolutismo. No solo no fue así, sino que la regla ha sido la contraria: únicamente en las sociedades en que se mantuvo por más tiempo el poder de la nobleza, del Estado absolutista y de los valores propugnados por Iglesias no reformadas —la católica y, de forma más notable, la ortodoxa— el comunismo ha realizado progresos, hasta el punto de que su triunfo sólo se ha producido en sociedades que han traspasado el umbral del siglo XX dominadas



económicamente por aristocracias terratenientes, gobernadas políticamente por emperadores sostenidos en burocracias civiles o militares; y regidas ideológicamente por una Iglesia no reformada como la rusa o por un mandarinato celestial como el chino. El comunismo —es inútil recordarlo— no ha triunfado nunca en ninguna sociedad capitalista organizada políticamente bajo la forma de Estado-nación y liberada de tutelas eclesiásticas.

Los encajes de bolillos teóricos que el propio Marx y luego los marxistas tuvieron que realizar para explicar por qué el comunismo podía triunfar, o había triunfado, en Rusia ponen de manifiesto ese malestar de la teoría, imposible de superar si no se tiene al comunismo como un modo de producción precapitalista y una forma de Estado específicamente rusa. Y son precisamente ese modo de producción y esa forma de

Estado los que ahora se diluyen en el aire no por otra cosa más que porque son —o eran— genuinamente rusos, es decir, venidos a la existencia en una sociedad campesina y bajo un poder político imperial. Sólo los comentaristas que ignoran la aportación fundamental del marxismo a la ciencia social pueden atribuir el hundimiento de un sistema económico, social y político a maquinaciones urdidas por aventureros o a culpas contraídas por traidores o cobardes; sólo quienes argumentan por una maldad ontológica, metafísica, del capitalismo pueden atribuir esta hecatombe al resultado de un combate desigual en el que las frágiles y generosas fuerzas del futuro hubieran sido cercadas y luego derrotadas y aplastadas por una confabulación de los malvados poderes del pasado. En realidad, lo que estamos presenciando no es el desmorona-

miento de un régimen progresista por la repentina incapacidad de sus gestores o por las maquinaciones de sus competidores, sino el desplazamiento del último gran imperio moderno, víctima, como todos los imperios territoriales, de la ley de decadencia económica de los imperios teorizada por Cipolla, pero víctima también de su propia obsolescencia como forma última de lo que fuera en su origen un Estado imperial de base agraria y feudal regido políticamente por un emperador absolutista.

Pues el Estado en cuestión no era una unión de repúblicas, ni era soviético —dos conceptos tan vacíos de contenido político práctico que su retirada de los títulos de crédito no ha provocado ninguna emoción popular— sino ruso y gestionado en los últimos setenta años por comunistas que se apropiaron indebidamente la identidad de soviéticos

cuando en realidad eran bolcheviques, términos que expresaban dos realidades antagónicas y hasta contradictorias, pues un partido bolchevique jamás podrá aceptar el principio de representación que implica el *sóviet*. Los bolcheviques eran los herederos de la *intelligentsia* rusa y de la burocracia estatal que, en el derrumbe del Imperio ruso, derrocaron al zar, liquidaron a la aristocracia terrateniente y taparon la boca a la Iglesia, pero que mantuvieron y reforzaron por medio de una más rígida centralización y dotándolo de mayores poderes —como antes hicieron los revolucionarios franceses— el Estado creado por ellos.

Que sea el imperio ruso/comunista lo que se derrumbe arroja una retrospectiva luz sobre el pasado y plantea una cuestión de singular interés para el futuro. Sobre el pasado, porque hasta ayer mismo eminentes historiadores veían en los acontecimientos de 1917 la prueba concluyente de una ley de desarrollo universal de la historia como sucesión de modos de producción. De la misma manera que al feudalismo siguió, tras un proceso de transición de rango revolucionario, el capitalismo, el socialismo seguiría, con idéntica necesidad puesto que el proceso estaba regido por la misma ley, al capitalismo. Es significativo que esos historiadores no se hayan atrevido todavía a mirar de frente la evidencia de que no hay procesos de transición regidos por leyes de validez histórico-universal.

Y sobre el futuro, porque aparte de arruinar una discusión teórica de más de cuatro décadas sobre transiciones de modos de producción y de liquidar el último gran paradigma histórico-universal salido de la Ilustración —el marxista—, el hundimiento del Estado ruso y del comunismo deja la totalidad de la escena mundial al Estado-nación y al capitalismo. Por vez primera en la historia, sólo existe —puesto que la República de China se adentra a pasos de gigante por la senda capitalista— un único sistema económico mundial, una sola economía-mundo, por decirlo con el término acuñado por Wallerstein, en un sistema multiestatal de Estados-nación.

Esta es una situación absolutamente inédita en la historia universal. Con la caída del imperio ruso termina la era de los grandes imperios territoriales modernos, de los que el otomano, español, francés, británico y alemán constituyen otros ejemplos, y triunfa plenamente el Estado-nación, alumbrado en el siglo XVI, reforzado por el absolutismo de los siglos XVII y XVIII, ampliado en su base popular/nacional tras las guerras napoleónicas y democratizado —en Europa al menos— al finalizar el ciclo bélico que ha merecido con razón el nombre de segunda guerra de los Treinta Años. Parece, pues, prematuro anunciar —como hacía aquí mismo Enrique Gil Calvo<sup>1</sup>— su ocaso cuando lo que presenciamos es la liquidación de cualquier otra forma de Estado y la generalización de un sistema multiestatal mundial. Las sociedades civiles más emancipadas no sólo no prescinden de la forma Estado-nación sino que su propia emancipación tiene como condición la fuerza de ese Estado, hasta el punto de que el único intento logrado de crear cierta identidad colectiva supranacional —el de la Comunidad Europea— se ha edificado sobre la solidez y los billonarios presupuestos de sus respectivos Estados-nación. De nuevo: como la caída de la URSS pone de manifiesto, no es posible crear identidades supranacionales sin una firme base estatal-nacional. Tal vez algún día podrán existir *européas*, pero nunca existirá nadie que se reconozca como *soviético*.

Pero con la caída de la URSS se liquida, además de un imperio del pasado, un modo de producción que se presumía del futuro, aunque a diferencia del feudalismo o del capitalismo sólo ha gozado de la efímera existencia de una vida humana: setenta años. Y si con el fin del imperio se generaliza el Estado-nación, con el fin del comunismo se deja todo el terreno al capitalismo, que Marx y Weber datan también

del siglo XVI, que explora y domina las rutas comerciales en los siglos XVII y XVIII, se transforma en sus fuerzas productivas con la revolución industrial de finales del XVIII, avanza a pasos de gigante en el XIX y triunfa sobre cualquier otro modo de producción en estas postrimerías del XX.

De modo que el doble fin del imperio ruso y del comunismo son la otra cara del triunfo del Estado-nación y del capitalismo, alumbrados ambos en la Europa del siglo XVI. Cuidando de no deslizar el pensamiento ni un milímetro por la pendiente de la trascendencia y de la teleología, es difícil no ver en estos últimos años de siglo la realización de aquella potencial universalización de esas dos creaciones específicamente europeas que teorizaron Marx y Weber. Si esta afirmación conservara todavía algún sentido, sería ahora el momento de decir que la historia de Europa se confunde con la historia universal, puesto que sus dos creaciones más peculiares —el Estado-nación y el capitalismo— se han extendido a todo el universo.

### Triunfo del capital

Hace ya muchos años corría por los medios de la oposición el chiste de aquél que llega tarde a la reunión de la célula del partido y, después de cazar algunas frases que el responsable estaba leyendo sobre el papel revolucionario de la burguesía, pregunta para hacerse notar: ¿quién es el hijo de puta que ha escrito eso? Y el responsable, molesto por el retraso y la interrupción, le responde: el hijo de puta que ha escrito eso se llama Carlos Marx.

La fascinación que los primeros teóricos críticos del capitalismo sintieron por las hazañas de la burguesía y del capital les llevó en ocasiones a estos cantos épicos de los que el *Manifiesto Comunista* es tal vez el mejor ejemplo. Marx estaba convencido de que sin comprender la fuerza histórica de la burguesía y del capitalismo era imposible comprender su crítica como paso previo para su aniquilación y sustitución

<sup>1</sup> Enrique Gil Calvo, *El ocaso de la nación-Estado*, Claves de Razón Práctica, 17 (noviembre 1991) págs. 3-10.

por otro modo de producción, libre de la explotación que lo definía y de las contradicciones que atenazaban el propio desarrollo de las fuerzas productivas.

Si hoy fuera preciso escribir un nuevo Manifiesto, las hazañas que un hipotético Marx podría cargar, para despiste de marxistas ingenuos, sobre el capitalismo darían para unas cuantas páginas más. Al escribir su más encendida alabanza de la burguesía —“la burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario”— Marx no podía prever todo lo que la burguesía se mostraría aún capaz de realizar. Como otros muchos observadores de las profundas mutaciones económicas y sociales acaecidas hacia mediados del siglo XIX, Marx pensaba también que el capital y la burguesía habían llegado a la plenitud de sus realizaciones y que, por así decir, tenían ya todo el futuro a sus espaldas. El futuro era del proletariado.

No es momento de insistir en el error de la predicción sino en lo acertado del primer diagnóstico: la burguesía y el capital han revolucionado por completo todas las relaciones humanas. Marx fue el primero en comprender, por otra parte, la naturaleza de esa revolución. Por decirlo con sus propias palabras: en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal. En lugar de una explotación ligada a vínculos políticos o ideológicos, la burguesía y el capital establecen la explotación sobre una relación específicamente económica.

La radical novedad de una esfera económica que goza de una autonomía específica respecto a la política o la ideológica, es lo que constituye la fuerza del capital y la razón de su triunfo. Lo que los marxistas después de Marx han olvidado es que al establecer para la explotación económica una esfera propia, no vinculada al ejercicio de un determinado poder político, Marx negaba implícitamente —aunque nunca lo reconociera así de forma expresa, sólo tal vez veladamente dubitativa— cualquier ley universal

de desarrollo o de transición de unos modos de producción a otros. Sin necesidad de recurrir a otros supuestos que los enunciados por él mismo, Marx debió haber llegado a la conclusión de que si el feudalismo como modo de producción exigía unas específicas relaciones políticas e ideológicas fuera de las cuales era imposible su propia reproducción, en el capitalismo no tenía que ocurrir lo mismo; que si la economía feudal no podía subsistir sin una forma de poder político específicamente feudal, la economía capitalista podía mantenerse y prosperar en formas diversas de poder estatal, incluso en la forma más plenamente democrática, en la que ni Marx, ni Engels, ni los teóricos de la Segunda Internacional sospecharon nunca que el capitalismo podría subsistir.

Precisamente por la separación y autonomía —todo lo relativa que se quiera, pero autonomía al fin— de las esferas económica, política e ideológica, el capitalismo puede revolucionarse continuamente sin dejar de ser capitalismo y sin que tales revoluciones determinen de forma directa revoluciones similares en el entramado del poder político. Caben así, por una parte, formas varias de capitalismo, dependiendo por ejemplo de grado de industrialización o de desarrollo tecnológico, pero también del carácter de la clase capitalista, de su historia y de sus tradiciones, de sus alianzas sociales o de sus compromisos políticos, de su nivel de competencia. Y cabe, sobre todo, que esas distintas formas de capitalismo sean compatibles con muy diversas formas de Estado.

Así, es un abuso conceptual hablar de Estado capitalista en el mismo sentido en que se habla, por ejemplo, de Estado feudal. El capitalismo, desde su origen, no ha vinculado su destino al de una sola forma política —una forma presuntamente capitalista sin la cual no podría darse— porque es autónomo de la política. No hay una forma de Estado capitalista. Sin entrar en la compleja cuestión de las relaciones entre poder político y organización económica de la sociedad, puede

decirse sin más que el poder político no es hoy capitalista de la misma manera que lo fue feudal en la Edad Media. Si la era capitalista data del siglo XVI, entonces el capitalismo como modo de producción se ha desarrollado bajo imperios, Estados-nación y ciudades-Estado; bajo formas de Estado-nación absolutistas, oligárquicas, monárquicas, republicanas, liberales, democráticas, totalitarias, militaristas, autoritarias; bajo Estados fuertemente intervencionistas en la economía y Estados que se limitan a vigilar que las cosas discurran por el camino previsto —y a quitar los posibles obstáculos que puedan entorpecer la marcha—.

No haber llevado a sus últimas consecuencias esa reflexión sobre la autonomía de lo económico que introduce el capitalismo, impide comprender la fuerza del capital, porque sin ella es imposible entender su potencial universalización, su tendencia a convertirse en sistema económico universal. No es una casualidad que nunca antes haya existido una economía-mundo verdaderamente universal: si el capitalismo hubiera sido, como los anteriores, un modo de producción vinculado a una determinada forma de poder político, no habría tenido nunca esa potencial capacidad de convertirse en modo universal de producción. Sólo el capitalismo, al triunfar sobre sus predecesores —modo de producción antiguo, feudal, asiático y cualquier otro que pudiera pensarse— y al asistir, algo atónito ciertamente, al entierro de su eventual y temido sepulturero, ha logrado convertirse en único sistema económico mundial. La “dirección evolutiva de universal alcance y validez” que Marx Weber atribuía con sus habituales cautelas a ciertos fenómenos sociales propios de Occidente —entre ellos, sobre todo, el capitalismo— se cumple hoy, bajo nuestras miradas, por vez primera.

Esto quiere decir, por una parte, que el capitalismo no encierra en sí mismo ninguna contradicción que garantice su decadencia y derrumbe. La tesis del derrumbe del capitalismo, que ha alimentado las ex-

pectativas de generaciones y generaciones de anarquistas, socialistas y comunistas, es una falacia. El capitalismo no tiene por qué derrumbarse; teóricamente, al haber escindido lo económico de lo político e ideológico, puede reproducirse sin fin. Indudablemente, esa potencialidad autorreproductora entraña cambios sustanciales dentro de la propia definición del capitalismo, que no es hoy lo que fue a mediados del siglo XIX y que no es en Francia lo que es en Perú, y garantiza al mismo tiempo su perdurabilidad, su capacidad para superar las crisis inherentes al sistema. Aunque teóricamente fuera imposible pensar un modo de producción dotado de una contradicción interna, los siglos de historia del capitalismo muestran bien, sin necesidad de recurrir a los principios de una lógica elemental, que tales contradicciones no pasaban de ser desequilibrios, tensiones o conflictos que el propio sistema puede superar sin necesidad de negarse en una "síntesis superior".

Pero, por otra parte, al realizar su potencial universalista basado en la autonomía de la esfera económica, el capitalismo, que es desde su mismo origen compatible con las más variadas formas de Estado, parece exigir que la esfera de lo político se organice como pluralidad multiestatal. Si el capitalismo se hubiera organizado como imperio, si hubiera ligado su suerte a alguna potencia mundial imperial hegemónica, habría creado las condiciones de su propia desaparición. Pero al ser el sistema económico de una pluralidad multiestatal, el destino final del capitalismo es, como la propia esfera económica, relativamente independiente de lo que ocurra en las relaciones entre Estados.

De ahí, en fin, que la potencia hegemónica capitalista no tenga por qué ser —es más, tiene que no ser— un imperio territorial. El pensamiento marxista ha vivido demasiado tiempo entregado acríticamente a una supuesta ley de desarrollo del capitalismo que tenía al imperialismo como su estadio superior y último. Esa es la segunda

gran falacia que impide comprender la naturaleza histórica del capital y de los imperios. Los imperios territoriales y coloniales que se suponían estadio superior del capitalismo, son una necesidad estructural derivada del poder político de las noblezas terratenientes, pero no del capital. El capital puede prescindir perfectamente de imperios, puesto que se puede extender —de hecho, se ha extendido— por todo el universo sin necesidad de atarse a ningún imperio territorial o colonial: el capitalismo es la primera forma universal de poder económico no sujeta a una forma universal de poder político. Más bien ha ocurrido lo contrario: el capitalismo se ha desarrollado como sistema universal gracias a la competencia interestatal. No es seguro que el mantenimiento de esa competencia sea una condición de la reproducción del sistema, pero todo apunta a que así es en efecto.

Tal competencia —como muestran los casos alemán y japonés— no tiene por qué situarse necesariamente en el terreno militar ni llevar a invasiones ni a la ocupación territorial del Estado competidor. Estados Unidos puede sentir la competencia de Japón y tomar medidas más o menos eficaces para limitar su alcance. Entre esas medidas es difícil imaginar, sin embargo, el envío de un ejército de ocupación y el sometimiento de la clase dirigente japonesa a una autoridad colonial, como fue el caso del Imperio Británico y la India. Del mismo modo que el Estado capitalista hegemónico no tiene por qué ser un imperio territorial, como sí debían serlo por necesidades estructurales las potencias hegemónicas de la antigüedad y del feudalismo, el capitalismo como modo de producción no necesita la guerra como una exigencia estructural, como la necesitaba la aristocracia terrateniente y el feudalismo o como la han necesitado los imperios territoriales y coloniales. El capital, en resumen, puede progresar sin imperios y sin guerras: las bases de la perdurabilidad de su triunfo se presentan así más sólidas y universales que las de cualquier otro siste-

ma económico o modo de producción anterior.

El triunfo del capitalismo puede merecer todos los juicios de valor que se quiera, pero rara vez un juicio de valor puede cambiar los hechos. Y los hechos más duros de este fin de siglo son que el capitalismo ha alcanzado una dimensión universal en un sistema, también universal, de Estados-nación. Hay, pues, aunque de un final de milenio se trate, mucha más continuidad que ruptura con el pasado; no estamos ante el ocaso de una era, el fin de la modernidad o de la historia, sino ante la culminación de procesos de larga duración, iniciados en la Baja Edad Media europea y acelerados desde los primeros años del siglo XVI: de ahí procede, en efecto, el capitalismo y el Estado-nación que acaban de conquistar el mundo. Si para bien o para mal es cosa que sólo un moralista o un profeta se atreverá a responder. □

**Santos Juliá** es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad a distancia. Autor de *La izquierda del PSOE, Los orígenes del Frente popular, Madrid, 1931-1934*